

J. M. BRICEÑO GUERRERO

DÓULOS OUKÓON

Sólo en Kether encuentran Chocmah y Binah su equilibrio, pues de Kether emanaron.

El Zohar XXII – 56.

Presentación

Es poco lo que puedo decir sobre Dóulos Oukóon porque poco es lo que de él se sabe. Vivió solo durante algunos meses en una casa pequeña de un barrio pobre de nuestra ciudad. Decía que era radiotécnico aunque nunca lo vio nadie ocuparse de receptores o transmisores.

Intercambiaba saludos y comentarios sobre el tiempo con algunos vecinos; daba la impresión cuando hablaba de querer decir algo muy diferente a lo que estaba diciendo.

No faltaron comadres curiosas que lo vigilaran y, con diversos pretextos, entraron en su casa para observar lo que tenía y lo que hacía. Fue poco lo que pudieron averiguar: coleccionaba plantas y piedras, lavaba y cocinaba él mismo, salía mucho de noche, recibía visitas muy raras veces; en fin, un hombre un poco extraño pero inofensivo.

Llamaba la atención porque, siendo bastante moreno, tenía los ojos verde jade. No se le conocieron amantes. Una muchacha a quien él empleó para que limpiara la casa dos o tres veces por semana se asombró de que él no intentara seducirla y contó, después de su misteriosa desaparición, que a ciertas horas impredecibles se transfiguraba, lo rodeaba un resplandor deslumbrante y se le marcaban extraños tatuajes sobre el rostro. Su aspecto era entonces hermoso y terrible e infundía pánico y reverencia. Sus ojos se tornaban inhumanos y maravillosos como esmeraldas.

Nadie dio importancia a los relatos de la muchacha, quien no dejaba de ser un poco histérica y se sentía superior por haber trabajado varios años en un hospicio de monjas, hasta que a las vecinas se les ocurrió leer las cartas que copio a continuación y que fueron halladas junto a restos de hierbas en la mesa de la cocina, cuando la dueña de la casa decidió buscar otro inquilino, en vista de la desaparición del hombre extraño pero inofensivo que siendo moreno tenía los ojos verdes.

Jonuel Brigue

Nota. El exótico nombre no impresionó a nadie, pues se dio por sentado que el hombre era de Maracaibo.

DA

Te escribo porque quiero compartir con alguien mi intimidad; hubiera preferido verte, hablar contigo y hacer contigo ciertas cosas a las cuales no dejo de estar inclinado; pero mis superiores sólo me han permitido esta forma anacrónica de comunicación.

“Compartir contigo mi intimidad” es decir demasiado: me está prohibido ir más allá de ciertos límites y yo, te lo confieso, temo el castigo implacable que se manifiesta por la confusión de lenguas o el silencio caótico; amo cobardemente la ilusoria coherencia del lenguaje.

Te habré ofendido la expresión “con alguien”; lo comprendo porque sé que eres sensitiva en extremo. “Con alguien” quiere decir, a primera vista, con cualquiera, con un correspondiente intercambiable entre muchos otros. Sin embargo, es a ti a quien me dirijo, a ti, Helena Ukusa, a ti sola. Te reconocí y adiviné tu nombre terrestre aquel día terrible en que te observé mientras mirabas una mariposa mía que, posada sobre el pedestal de una estatua, transmitía con las alas mi primer mensaje. Una ráfaga de clarividencia me tranquilizó: vi que habías olvidado el secreto supremo de las comunicaciones cósmicas oficiales, mi obligatorio sigilo estaba a salvo; vi también —esto me alegró— que recordabas las responsabilidades ahistóricas comunes a los grillos, las galaxias y los hombres despiertos. Las recuerdas vagamente, es cierto, pero eso es mucho decir, pues te han asignado, para tus operaciones de sutilización progresiva y de anámnesis una época y un lugar caracterizados por la hipertrofia verbal y la quiebra semántica; es ese recuerdo confuso lo que te hace sentir repugnancia por el parloteo incesante y ensordecedor acerca de “responsabilidades históricas” con sus “momentos cruciales”. No eres, pues, una de tantas y mucho menos para mí; eres Helena Ukusa, la que me diera un girasol de fuego en el tercer planeta de Aldebarán.

Me invade como un aroma hipnótico el desdén que sientes, desde tu elevado y antiguo linaje, por la búsqueda calculada de objetivos pequeños, por la arrogancia que ignora su vanidad. Pero te equivocas: no debes imaginarte que soy presuntuoso y creo hacerte una distinción con mis comunicaciones, como esos que, imbuidos de su importancia, conceden a una dama la exclusividad de sus confidencias, fingiendo necesitar ternuras maternas mientras desean en secreto obtener favores que las madres no suelen acordar a los hijos. No, no soy un incomprendido, ni un seductor, ni un niño malcriado. (Hace ya muchos ríos pasé las pruebas de la cuarta luna).

Tal vez pienses que entre nosotros no existen las condiciones previas a todo compartir. Así parece, porque estamos sumergidos en el espaciotiempo de la tierra; pero un idioma terrestre nos es común, un idioma formado de lugares comunes, como todos los idiomas, es cierto, pero sin lugares comunes no hay comunicación; es necesario comenzar por ellos y por ellos he comenzado a fin de hacerte recordar una experiencia fundamental, la causa de nuestra permanencia aquí: Yo soy Dóulos Oukóon, aquél tu enamorado silencioso que presencié, consternado, tu primera embriaguez sideral, Dóulos Oukóon, aquél a quien diste, sin permiso de los hierofantes, tu girasol de fuego, tu pequeño incendio centrífugo cuando se despertó en tu garganta la sed de vinos pontopóricos. Mira atentamente la cicatriz de tu cadera izquierda: Yo soy Dóulos Oukóon.

OS

YO, DÓULOS OUKÓON, que fuera una vez espuela del Gallo Solar de los Abraxas, sólido, macizo, impene-trable, agudo y agresivo; yo, Dóulos Oukóon, en otro tiempo desgarrante explorador de vísceras, estoy ahora diluido en el sendero sonoro de la lluvia. Reminiscencia de detalles, matices, pormenores. Vuelvo a ser simultáneamente todos los niños que fui en tiempos diversos, y otra vez me embriagan los ínfimos riachuelos, el acre olor de tierra fecundada, la humedad mágica del aire. Otra vez siento la vocación oscura que me trajo hasta ti, y quisiera, como entonces, no entenderla, sufrir el anhelo indefinido que inicia la germinación de los soles. Pero ya todos mis caminos, aun los del sueño, conducen al pleroma consciente y a la visión de tu caída, oh Helena Ukusa, Sutilizadora de Materia, caída por el fuego centrífugo que arde ahora aquí en mi garganta.

Te veo abstraída ante la lluvia, perpleja ante el dulce lenguaje que te fuera familiar hace océanos, al borde casi del recuerdo. Si me estuviera permitido acercarme a ti, te empujaría amorosamente, como quien mece la cuna de un infante enfermo, hacia el torbellino amarillo en cuyo centro ya maduran los husos heliogónicos.

Inclinas la cabeza alelada. ¿Violaré mis promesas? Toda el agua de este planeta no alcanza para apagar la llama simétrica que ha de arder en mí y consumirme hasta el día de tu recuerdo.

ULU

TE CONTARÉ, oh Helena Ukusa, a ti que estás tan cerca de mi corazón, cómo adquirí mi profesión actual. La misma historia que te contara hace ya muchos océanos, mucho antes de tu esplendorosa caída; la misma que te conté entre hadas vegetales aquella tarde azul de Calíope en que ardían tus sienes bajo la luz siempre cómplice de Aldebarán y tus dedos destrozaban cruelmente las numerosas alas de un pequeño sol vivo, mientras pensabas —me miserum— en el hemisferio violento del planeta.

Es preciso que esta vez me prestes mayor atención, oh Helena Ukusa, bella transmutadora de materia: el hilo de mis palabras quiere enredarse con una hebra roja de tu corazón; después yo la tenderé y la pulsaré para que vibre la nota mnemotécnica en tus temporales nuevamente iluminados.

La historia de mi comienzo es como sigue. Escúchala otra vez.

Encerrado en el páncreas de la noche oscura y sin saberme cautivo, segregué, como una serpiente su veneno, los pensamientos que habrían de morder las tinieblas y atraer a combate la granada amarilla del Este.

Cuando hube terminado de pensar así, fui al lavabo y abrí el grifo para refrescar el rostro fatigado, entonces escuché claramente las palabras y risas infantiles del agua celebrando no sé qué travesura. Sin asombrarme cerré el grifo y preferí ir a la ducha, entonces el agua cantó sobre mi piel antiguas melodías pastoriles con versos matinales de un idioma que reconocí inmediatamente sin haberlo nunca aprendido.

Salí al campo como de costumbre, pero esta vez mis pasos me hablaron; con el ruido rítmico que producían me participaban importantísimas noticias que yo hubiera comprendido mejor si el roce de las ropas sobre el cuerpo y el movimiento de las articulaciones hubieran cesado de murmurar, en oleadas sucesivas, informaciones sobre mares lejanos.

La situación se complicó cuando noté que los árboles, arbustos, hierbas y flores me hacían señas insistentes y exigían ser oídos; cada hoja, cada pedúnculo, cada rama, cada pétalo, cada estambre decía cosas diferentes, todas valiosas, todas igualmente dignas de atención.

Luego, lo que antes había sonado como un bastidor acústico de fondo comenzó a precisarse y se disolvió en mil voces de insectos, batracios, reptiles, mamíferos... Pájaros vistos anteriormente con indiferencia discurrieron en trinos y gorgeos sobre cosmología y cibernética.

Del subsuelo se alzó el alarido horrisono de los metales prisioneros, en respuesta iracunda a volcanes remotos, y los guijarros todos alteraban las quejas dulces de la tierra para exteriorizar, delirantes, su voluntad agónica de crear y aniquilar constelaciones.

Yo, mínima chispa de nada en la plenitud de los entes, no alcanzaba a reflejar el insólito tohú-ba-bohú y me sentía oscilar, burbuja vacía, girar, subir, bajar, saltar como en el seno de un huracán absurdo.

Traté de dar al caos la unidad de mí mismo y pensé con arrogancia paradójica que una burbuja de nada, limpia de todo ser, puede herir de pánico a todos los entes del universo (después supe que en una gota de nada está toda la nada y que la nada es nada). Pero entonces un silbido amarillo y poderoso inundó el paisaje y lo penetró íntima, minuciosamente. Noté que mis ojos crecían y se salían de las órbitas; siguieron creciendo hasta abarcar todo el horizonte y dieron su color enrarecido por la distensión a todas las cosas. Cuando yo mismo estuve dentro de mis ojos comprendí que el gran silbido amarillo era la mezcla confusa de las voces broncas de los astros y que esas voces muy pronto se separarían unas de otras, desintegradas por un nuevo silbido, azul y cortante, que ya comenzaba a rasgar el agua inconsútil de mis ojos.

Aterrorizado y convulsionado, corrí a campo traviesa (“¿A dónde iré, Señor, que no me sigan tus ojos?”), llegué tembloroso a mi casa y me tendí, febril, sobre mi destartado sofá de entonces, muy parecido al de ahora (ciertos objetos nos siguen durante todas las vidas). Me tapé los oídos con cera, me puse una venda negra; pero

otra inmensa algarabía subió de mi cuerpo, como si todos los órdenes del ser fueran a dislocarse. Estaba en su apogeo una guerra mineral centralizada en los fémures y el frontal; todos los huesos participaban en ella; proyectiles disparados desde los metatarsos chocaban estruendosamente en la columna vertebral con los destacamentos blindados que descendían del occipital, mientras cada vértebra cambiaba de partido sin ritmo ni medida en intrigas feroces y absurdas por dominar al esternón, dueño de costillas y clavículas, capitán del plutonio; desde los omóplatos hasta las falangetas no había sino escombros; el sacro había apagado sus calderas. Estaba en su apogeo una guerra vegetal centralizada en el hígado y el cerebelo; los frutos explosivos del furibundo páncreas destrozaban bronquiolos, pero éstos, antes de morir, vomitaban sus venenos en los canales que lo conducían al laberinto renal, donde sembraban el espanto; no contentos con repeler los ataques aéreos del pérfido lóbulo frontal, los testículos habían iniciado en cuatro frentes el asalto a la laringe después de sitiar al plexo solar; el corazón era cómplice y espía de todos, correveidile y abastecedor de todos, esclavo de todos, y lloraba por sus largos cabellos sudorosos. Estaba en su apogeo una guerra animal centralizada en el tendón de Aquiles y en los bíceps; olvidando la sinergia, extensores, flexores, pronadores, abductores intercambiaban sus funciones y producían una danza desarticulada y frenética; de cada especie animal del mundo había en mí una pareja entregada a lujurias adúlteras, descomunales, grotescas que expresaban y ocultaban la lucha a muerte de cada uno contra todos; vilo que la araña hacía en el ovario de la pantera, el triunfo de la polilla en la vesícula seminal del elefante, las garras del gato montés en el corazón de la alondra, la agonía victoriosa de la cucaracha en el ojo del león, el bagre de los pies que eyaculaba sus toxinas en las heridas salamandras del bazo; sólo una pareja no enloqueció, un tipo extraño de serpientes, la hembra roja subió desde la próstata hasta la hipófisis, parsimoniosamente, enroscándose en la columna vertebral, mientras el macho blanco hacía de igual manera el recorrido inverso hasta que cada una mordió la cola de la otra para repetir juntas el mismo itinerario en forma de ochos, incesantemente. Cuando las fibras del dorsal mayor comenzaron a romperse y se rasgó un esternocleidomastoideo después del colapso del sartorio izquierdo, yo, burbuja de nada, comprendí que sólo me pertenecía la laringe; entré en ella con humildad y adiviné la palabra inserta en mí desde el océano inicial, la pronuncié, ella vibró con un valor equivalente a 5555, según supe después, y constituyó un campo ovoidal donde todo ocupaba el lugar correspondiente en la jerarquía de las siete ruedas vivas y heliomorfas. Cuando mi cosmos se hubo restaurado y transfigurado, recordé la palabra, puedo decírtela, oh Helena Ukusa, a ti que estás tan cerca de mi corazón —era ALHELI; me fue revelado que su aliento animaría todas mis infancias futuras.

Eso es casi todo. Investido luego del poder de construir y manejar vehículos en todos los grados anabáticos de la materia y de la vida, informado además de la clave única de toda comunicación, empecé mi espionaje sagrado y te encontré.

Tú me habías esperado, inconsciente, durante veintidós milenios mientras yo recorría sonambúlicamente, en lenta evolución, todos los planetas de todas las estrellas de Centauro. Inconsciente y frágil eras cuando te encontré. Una cara invisible y siempre lúcida de mí mismo siguió desde entonces tus metamorfosis hasta que pudimos sentarnos sobre la hierba azul de Calíope y soñar juntos con el ascenso espiral hacia Aquel cuyo signo es el relámpago, adivinar juntos ese viaje que tú no puedes hacer sin mí ni yo sin ti. Si fuese necesario te esperaría despierto veintidós milenios por el instante aquel en que destruiste los círculos magnéticos y caíste, oh primera embriaguez sideral, al entregarme el símbolo del original contacto metacósmico, a mí tu enamorado tímido, a mí, descubierto en la campanada esencial de tu Castalia.

OUK

LOS HOMBRES han sido puestos sobre la tierra para que recobren la memoria. Este planeta es una colonia de tratamiento para cierto tipo de amnesia. Tú, Helena Ukusa, sutilizadora de materia, tú también transmutarás el humus y el viento en dolor y esperanza hasta que hayas conseguido recordar. Yo estoy aquí y te escribo porque necesito que vuelvas a ti misma. Solicité de la Jerarquía este lugar y este tiempo a fin de ocuparme de ti en los momentos libres que me dejan mi duro oficio y mi grave misión.

A propósito, te confieso que no comprendo bien algunos aspectos de mi trabajo. Esta mañana, por ejemplo, mientras me paseaba por un parque largo y estrecho de esta ciudad, un desconocido me entregó una daga de oro con diamantes incrustados en la empuñadura; la recibí sin hacer preguntas y la escondí dentro de mi chaqueta. A mediodía una dama muy elegante, insólitamente vestida de seda verde irrumpió en mi estudio y comenzó de inmediato a contarme relatos incoherentes sobre submarinos y picos nevados en jardines con serpentarios azules; aunque la veía por vez primera, la escuché con calma y naturalidad, le hice incluso algunas preguntas corteses. Mientras observaba distraídamente su collar, me di cuenta de que ella, sin saberlo, quería algo de mí, buscaba instintivamente algo que sólo yo, Dóulos Oukóon, podía darle. Fue entonces cuando sentí la señal inequívoca en las manos y se me nubló la vista por un instante, como ocurre cada vez que vienen órdenes especiales de muy lejos. Permanecí indiferente cuando mis manos sacaron sorpresivamente la daga de oro y la clavaron con certera pericia, a través del seno izquierdo, en el corazón. Ella no se defendió; cuando vio la daga se le iluminaron los ojos como si hubiera encontrado, por fin, algo precioso en grado sumo, algo buscado a ciegas durante muchos ríos. Cayó, feliz, sobre mi destartado sofá. Yo retiré la daga y la sostuve humildemente, con las dos manos, frente a su rostro sonreído. La agonía fue corta. La mirada y la sonrisa se oscurecieron mientras la sangre brillante humedecía lenta, dulcemente su vestido de seda verde. Entonces llegó el desconocido; sus movimientos simples e inexpressivos denotaban que una larga rutina lo había enseñado a hacerlo todo con el mínimo esfuerzo necesario; después de quitarme el arma y ponerla de nuevo en la herida, alzó el cadáver delicadamente y se alejó sin decir palabra.

Es medianoche. La bella dama del vestido verde estará ya contemplando arquetipos bajo Alfa de Centauro. Pero no comprendo por qué me han escogido a mí para el recuerdo clave que finaliza un tratamiento. No es esa mi misión.

Digo que no comprendo ciertos aspectos de mi trabajo refiriéndome a la misión que cumplí hoy, pero es otra cosa lo que me inquieta vagamente. Veamos: misiones como la de hoy son demasiado fáciles para mí, Dóulos Oukóon; no ponen en juego mis recursos más sutiles, pues los planes ya están hechos, las decisiones ya han sido tomadas, las responsabilidades pertenecen a la Jerarquía, mientras que yo, ex-comandante de la flota intergaláctica de Sagitario, yo, Dóulos Oukóon, sólo tengo que ejecutar y todos los medios de acción me son suministrados, la hora y el lugar están previstos. No me gustan estas misiones extraordinarias; prefiero mi trabajo porque en él yo sé lo que debo hacer y hago yo mismo los planes y encuentro yo mismo los medios. Sin embargo, no es eso tampoco lo que me inquieta, primero, porque yo accedí voluntariamente a hacer trabajos imprevistos de vez en cuando, a plena consciencia de su naturaleza, y, segundo, porque yo sé algo que ignoran los comandantes de flotas intergalácticas: que una hoja de hierba arrancada por orden de la Jerarquía en cualquier rincón del pluriverso puede ser el único gesto necesario para aniquilar una galaxia entera. No es eso, pues, lo que me inquieta. Ahora veo claro y me siento alarmado y orgulloso: en mi interior se fragua un proyecto rebelde que surge de mi interés supremo como individuo ahora: el proyecto sacrílego de devolverte por mi cuenta y riesgo la hoguera circular que rodea la seminal colmena, para que entres por ella, descalza, al planeta perdido.

Dóulos Oukóon, en transparente sobriedad, sueña con emular a la que, en embriaguez sideral, rompió por amor los círculos magnéticos.

SA

HOY no he podido verte. Esa facultad mía que me permite observar tu quehacer cotidiano desde cualquier distancia y a través de cualquier obstáculo, con sólo cerrar la mano izquierda y apretar el pulgar con fuerza contra el índice, se encuentra inhibida por la acción de un planeta oculto. Tú lo conocías bien, oh Helena Ukusa, su influjo hace girar hacia la izquierda los pétalos del girasol oscuro que arde en el abismo y la sombra entonces asciende hasta el entrecejo y la corona.

Hoy es un día libre. No puedo distraerme en el trabajo y todas las diversiones me revierten hacia el círculo negro donde tu imagen no aparece. Por eso he dirigido el cono hacia los asuntos terrestres, manteniendo los circuitos de tal manera que al cesar los efluvios del planeta oculto, tu onda ocupe automáticamente todo el horizonte de visualización. Y al rescoldo del girasol oscuro veo las ideas.

(Lo que debes recordar; oh Helena Ukusa, nada me duele más que tu amnesia porque nadie está más cerca que tú de mi corazón, lo que debes recordar no pertenece al pasado, está fuera del tiempo)

Las ideas son aves de rapiña muy voraces divididas en multitud de especies. Cada especie tiene un alma colectiva que dirige por medio de instintos poderosos la conducta de sus miembros —alimentación, reproducción, combate, migraciones—. Las llamo aves porque vuelan, pero muchas son más parecidas a los murciélagos.

Las ideas dominan los actos de los hombres con el objeto de alimentarse: los obligan a producir ciertas emociones, ciertos movimientos, ciertas palabras que devoran ávidamente. Alguna especie de ideas necesita la ira, la violencia y la maldición. Otra prefiere la angustia, el temblor y el sollozo. Otra la indignación, la altivez y el discurso arrogante. Son legión.

Raras veces aparecen en la consciencia del hombre con su verdadera forma de pájaros rapaces, de hambrientos vampiros aferrados a la vida. Por lo general se manifiestan como cristales hipnóticos en que la víctima se representa falsamente la realidad, o mira a sus congéneres o a sí misma con distorsiones, o imagina perfecciones y utopías ferozmente ilusorias. Vi cómo una especie de ideas dominaba poco a poco a casi todos los habitantes de un país y los conducía a la guerra. Me asquea todavía el recuerdo de los festines sobre las concentraciones militares y los campos de batalla. Clavaban las curvas uñas en los ojos de los jóvenes y les picoteaban el corazón entre chillidos, absorbían impudicamente los efluvios del páncreas y se tragaban con glotonos tragos sucesivos los largos gritos, interminables como intestinos, y los deliciosos movimientos geométricos. Abandonaron ese país cuando sus habitantes no podían segregarse ya más el alimento que las nutría, sino sólo fluidos amados por otra especie, más abominable aún, que las reemplazó con deleite. Otras ideas, más densas y visibles, pero menos peligrosas, se hartaron luego del bagazo hasta no poder levantar vuelo.

Hay una especie que domina a los adolescentes para vivir de su embriaguez y su lujuria. Otra se los disputa para hacerlos producir un néctar purulento llamado lucha por un ideal político. Otra, muy peluda, les exprime y les chupa un jugo nauseabundo conocido como fanatismo religioso por los hombres que están despertando.

Vi ratones alados y calvos mamando los senos de las solteronas y succionando los testículos de los monjes.

Las ideas se reproducen por medio de huevos; la parte del cuerpo donde los ponen y el tiempo de incubación varían según las especies. Algunas prefieren el hígado y el bazo, éstas el corazón, aquéllas el hueso sacro o el occipital, esotras el cristalino del ojo o el astrágalo, aquestas el clítoris o la base de la lengua... Casi todas producen en las personas escogidas como nido una especie de letargia parcial que se contrae a impedir la secreción de las emociones nutritivas hasta el rompimiento del huevo, con el objeto de acumularlas y asegurar así la alimentación del recién nacido.

Los hombres jóvenes son más aptos para producir cierto tipo de efluvios; lo mismo puede decirse de los viejos, de las doncellas, de las madres, de los empleados de banco, de los piaches, de los cardenales, de los

archimandritas, de los discóbolos... De ahí la preferencia con que las diferentes especies de ideas parasitan a los grupos humanos según la edad, el sexo, la educación, el oficio.

Pocas veces hay combates auténticos entre las ideas. Por lo general una especie de ideas vampiriza a un hombre —mientras éste puede emitir las vibraciones que ella necesita—; luego lo entrega a otra y así sucesivamente hasta el bagazo que devoran las ideas negras del mundo visible. Cuando los hombres o dos grupos humanos se pelean por razones ideológicas y aun cuando un hombre disputa consigo mismo, no debes creer, oh Helena, en un combate de ideas. Lo que ocurre es que una especie de ideas está comiendo y los hace actuar así para que produzcan las emociones, los movimientos y las palabras que ella necesita para subsistir, crecer y reproducirse.

Este estado de cosas no es lamentable por el simple fenómeno del vampirismo o parasitismo; está previsto que unas especies vivan a expensa de otras formando grandes cadenas ecológicas.

Es lamentable por dos razones: Primero, porque el producir alimento para las ideas impide a los hombres pagar la cuota de vibraciones con que deben contribuir al sostenimiento del universo; en efecto, está calculado que los habitantes de este planeta tierra, mientras pasan por el tratamiento antiamnésico produzcan ciertas vibraciones que, junto con las de billones de otros planetas, son acumuladas en un gran centro de distribución universal; los atrasos en el pago son causa de las grandes hecatombes telúricas. Segundo, porque no es natural que las ideas dominen a los hombres, ni siquiera cuando éstos pasan por las formas más agudas del olvido.

(Lo que debes recordar, oh Helena, no pertenece al pasado, está fuera del tiempo).

Las ideas son especies serviles como los animales domésticos o las máquinas, son instrumentos o vehículos del hombre, pero debido a un error similar a tu caída, oh Helena Ukusa, único amor de mi corazón, se invierten los papeles trayendo gran desgracia a los hombres y no menor infortunio a las ideas, quienes en el fondo son animales tristes, hundidos en su propia voracidad, sin el esplendor que da a los entes la plena actualización de su naturaleza.

He observado, sin embargo, que unos pocos hombres, poquísimos, siguiendo las pistas antiguas, casi han logrado despertar y comprender. Se entrenan con perseverancia en un deporte que debería ser común a todos: la caza y domesticación de las ideas. Una docena de hombres, aproximadamente, en toda la historia de esta humanidad, han sido libres en este sentido y han tenido ideas a las cuales han dominado y amaestrado para emplearlas en la caza mayor: aprehender el ser y el sentido del ser. Sé de un hombre que tuvo a su servicio setecientas ideas plumíferas y novecientas hirsutas. Fue un gran rey cazador. La humanidad no ha desaparecido porque se alimenta todavía de algunas piezas inagotables que hombres como el rey cazador atraparon en días y noches de plenitud cuando los aureoló la gloria de ser ellos mismos o, para decirlo más simplemente, de ser.

Ahora apareces, oh Helena, resplandeciente Helena —aun sobre este planeta infame fulguran tus ojos con el mismo brillo que tenían en Calíope la tarde aquella en que extendiste los brazos como antenas hacia las Pléyades.

Amplifico la imagen para observar los colores cambiantes de tu iris. Pero ¿qué sucede? Ahí, detrás de tu frente, por el lado izquierdo. Veo una zona oscura con una torre oscura, y una bandada de entidades oscuras que vuelan torpemente; difícil de precisar si golondrinas o murciélagos; dan la sensación de tener piel peluda como los roedores, de vez en cuando centellea un colmillo; oigo chillidos agudos que enfrían la sangre a mi vehículo más denso. Sabía, oh Helena Ukusa, que en tu estado amnésico podrías ser víctima de las ideas, pero nunca pensé que bajo tu hermosa cabellera hubiese un nido tan abyecto. Veo que copulan bestialmente. Me duele la garganta al pensar que en ti procrean y embarcan su prole en tus palabras para invadir a otros. Tus palabras, que otrora difundían la luz purísima de tu corazón, transportan ahora esta carga abominable, estos pichones de inmundos pajarracos.

Pero veo también, en el lado derecho de tu cabeza, un huevo que se está quebrando. ¿Durante cuántas lunas lo has empollado? ¿Qué ave lo puso en la región más cálida de tu encéfalo? Del cascarón roto comienza a salir un pájaro: cuello largo bifurcado, dos cabezas, alas de gran envergadura; mojado y débil, con los ojos cerrados aún.

Espera... Lo reconozco: es una águila bicéfala. Estoy alegre, sé que crecerá en ti y cuando sea adulta ahuyentará las bestias infamantes y habitará la torre. Más tarde la domarás y adiestrarás. Algo te queda de la cazadora que fuiste mientras yo dormía en el Centauro.

Entonces serás más libre para ver y actuar. Cuando los volátiles negros y peludos hayan sido espantados, mucho de lo que hasta ahora consideras tuyo y tu yo se revelará como aglomeraciones de entes extraños que se pondrán de manifiesto moviéndose independientemente, dispersándose. Grupos de gruesas lombrices se abrirán como una mano monstruosa en lo que antes parecía piel lisa y compacta.

Un a vez más, el paso del planeta oculto me ha revelado la esperanza cierta en el centro del terror. Te acercas al recuerdo. Lo que debes recordar no pertenece al pasado. Está fuera del tiempo.

ON

HELENA UKUSA, transmutadora de materia, tú, que una vez cabalgaste al cangrejo cósmico en otra dimensión del pluriverso, ahora no sabes ni siquiera distinguir a los que te rodean.

No comprendes que la apariencia humana es engañosa. Tres son las categorías de bípedos parlantes tricerebrados que habitan este planeta para amnésicos: a) los que ascienden, b) los caídos y c) los enviados.

Los tres tipos tienen en común la apariencia del cuerpo físico. Si no me hubieras dado el girasol, tu esplendor amarillo de metacósmica irradiación, sabrías que el cuerpo es un vehículo. Como vehículo puede ser manejado o cabalgado por aurigas o jinetes muy diferentes. Cada cuerpo humano está tripulado, pero no siempre dirigido, por una entidad que ha adquirido derecho de propiedad sobre él. El vela por su propia conservación manteniendo en mínimo el funcionamiento de sus órganos mientras el amo no disponga otra cosa y exigiendo alimentos, higiene, reproducción. Por medio de él la entidad dueño se informa de lo que ocurre en el plano físico y se traslada y opera en el espacio tridimensional de este mundo. Pero el vehículo humano se presta a muchos otros usos y actividades desconocidos por el tripulante, quien en la inmensa mayoría de los casos, sobre este planeta, se limita a trabajos ridículamente sencillos en comparación con los que podría hacer si conociera las portentosas potencialidades de que dispone; es como si alguien que tuviera un cerebro electrónico complicado y perfecto se contrajera a resolver con él problemas de sumar con dos cifras.

Esto es así porque la población del planeta está constituida en su casi totalidad por los que ascienden.

Los que ascienden provienen de los tres reinos inferiores y deben alcanzar el grado de desarrollo propiamente humano. Se caracterizan por un goce funcional intenso: acostumbrados a vehículos de más limitado alcance, se alegran al descubrir algunos usos del nuevo. Míralos, no es difícil reconocerlos, se parecen a los adolescentes que montan por primera vez un caballo o un automóvil deportivo. Son recién llegados. Se dedican jubilosamente al baile o a ejercicios eróticos o al comercio o a exploraciones o a la predicación y el proselitismo o a intrigas de barrio o a la política en su nivel demagógico o a la digestión reposada y la rutina. Instalados en alguno de los tres centros principales de comando del cuerpo, ensayan palancas y botones, como un simio encerrado en la cabina de instrumentos de un avión en vuelo. Se enamoran de ciertos aparatos, de ciertos órganos, de ciertas maniobras y operaciones sin comprender el esquema general del vehículo con la chispeante alegría de la ignorancia ignorante de sí misma, pero decidida a ensayarlo todo juguetonamente. No es sino después de haber destruido innumerables cuerpos cuando comienzan a darse cuenta de la complejidad constitucional del instrumento humano y sentir oscuramente la necesidad de efectuar el primer trabajo indispensable para asumir la condición de hombre: el alineamiento y control de los tres centros principales de comando.

En cada recién llegado predomina una fuerza subhumana de los reinos de origen aunque las demás están siempre presentes y toman el poder transitoriamente. Con frecuencia esa fuerza corresponde a alguna de las formas minerales, vegetales y animales ya conocidas, pero a veces se trata de entidades que han evolucionado sin vehículo visible. ¿No has observado, oh Helena, cómo se arremolinan los rebaños de ovejas custodiados por perros pastores, todos en cuerpo humano? ¿Será posible que no hayas reconocido a las palmeras y a los abedules en algunas de las muchachas que te rodean? ¿No has notado cómo los hombres hienas se sienten atraídos inevitablemente hacia la carroña? ¿Y el desconcierto de las gacelas que ven por vez primera el mar? ¿No recuerdas acaso aquel niño de uranio que ayer se puso incandescente frente a tu ternura sobrehumana? Cuídate de los ofidios bípedos, de las mandrágoras con luenga cabellera, del plomo líquido con ojos de cantante. Te conviene la compañía de aquellas niñas olorosas a romero, ruda y toronjil que el otro día te regalaron una mariposa invisible. Espanta con varillas de sándalo a aquel macho cabrío bigotudo que te persigue; hazlo por lástima, pues moriría sobre tu vientre, tu vientre que adornaron otrora lirios sagrados de Calíope.

La conducta alocada de los que ascienden no es, sin embargo, tan peligrosa como parece: además de adquirir la experiencia necesaria para alcanzar grados evolutivos superiores, activan con su inquietud, con sus proyectos dislocados, con su pensamiento tartamudeante, con sus actos inconsecuentes —activan la maquinaria central que alimenta de energía las instalaciones antiamnésicas y servicios varios de la Jerarquía sobre el planeta.

La condición humana propiamente dicha —meta inmediata de los que ascienden— se reconoce por rasgos inequívocos de los cuales te señalaré algunos, oh Helena, sin poder reprimir la nostalgia de los días azules en que hubiéramos podido departir sobre todas estas cosas y estudiarlas ayudándonos mutuamente, de igual a igual; me molesta este aire de maestro que he de adoptar para escribirte.

El hombre se conoce porque ha logrado alinear los tres cerebros principales de su cuerpo y ejerce un dominio omnímodo sobre todas sus operaciones, no permitiendo ni la rebelión caotizante de los miles internos ni la invasión alienante de los diez miles externos. Compone con su vida armoniosa música, la partitura de sus pasos se acuerda con la canción arcaica del siempre joven logos, ya sea que invente sonatas, minuetos, pasacaglias, tocatas, sarabandas para los días morados de la piel o sinfonías para los huesos largos, ya sea que rija desde el esternón las marchas marciales de las costillas o la técnica dodecafónica del dorso, ya sea que teja el laberíntico contrapunto de sus vísceras o penetre y estructure, con método serial, doscientos cincuenta kilómetros a la redonda en torno suyo el cuerpo etéreo de la tierra. Cuando duerme puede ser pareja de baile de las sílfides o acompañar la fiera canción de los ángeles heráldicos que elevan sus estandartes cada noche sobre las montañas del cuarto reino.

Habiendo cesado de identificarse con lo que no es él sino de él, y previo contacto con la Jerarquía, el hombre propiamente dicho se convierte en un servidor de la humanidad, de manera que su voluntad no está a merced de ninguna fuerza de los tres primeros reinos, sino orientada hacia el restablecimiento y cumplimiento del plan de amor y luz.

Siente la angustia de lo terreno y el anhelo de comprensión total, pero conoce las lunas en que se le entrega el arton epiusion y sabe que las aves del cielo anidarán en las ramas de su árbol invertido cada vez que vuelva la estación de las flores.

Pugna por recordar y repite con perseverancia el llamado, mira hacia el séptimo punto cardinal. No será desoído. La respuesta es un despertar en dorado amanecer y la inauguración, para él, del mundo de lo Real. Algún día será suyo el secreto único de las comunicaciones, pero entonces ya habrá superado la condición humana.

Sobre los caídos y los enviados, oh Helena, es poco lo que puedo decirte. ¿Cómo describir con un lenguaje cualquiera de la tierra las realidades de un ciclo superior? Justamente, mi máxima aspiración como individuo ahora es devolverte el girasol de fuego para que huelles, descalza, los husos heliogónicos y retornes al planeta perdido.

De los caídos sabes ya que son amnésicos, de los enviados sólo puedo decirte que son siete en este ciclo y que a través de ellos actúa directamente Aquel cuyo signo es el relámpago.

Yo no pertenezco a ninguna de las tres categorías. Yo, ínfimo servidor, trabajo para un organismo autónomo y sui generis. Soy Dóulos Oukóon, espía cósmico, ex-comandante de la flota intergaláctica de Sagitario, aspirante a tu recuerdo.

UE

PARA que puedas comprender la forma externa de mi trabajo, oh Helena, debo informarte aunque no sea sino de manera fragmentaria y parcial cómo está constituido sobre este planeta el Sistema de Indicios que utiliza la Jerarquía para el desarrollo de las humanidades de tipo terrestre.

Cuando una humanidad terrestre termina su ciclo y pasa a otro planeta, se destruyen sistemáticamente todas las instalaciones que ella había construido en las diversas etapas de su progreso técnico. Tal destrucción se efectúa generalmente mediante un cataclismo telúrico y no es difícil porque la culminación de la técnica científica conlleva una asombrosa simplificación de las máquinas, hasta el punto de que una sola estación de energía abastece toda la tierra y no hay un sólo aparato propulsor que no quepa en la palma de la mano.

Después del cataclismo, otra humanidad, procedente de los reinos inferiores, comienza su gran ciclo a partir de una condición casi bestial. No todos los hombres de la anterior se han ido; algunos han de quedarse durante cierto tiempo para ayudar a los recién llegados en su fragilidad inicial y establecer el Sistema de Indicios que ha de llevarlos a la comprensión y cumplimiento de su tarea durante el ciclo.

La tarea de toda humanidad, oh Helena, consiste en ampliar la consciencia hasta conocerse a sí misma plenamente a fin de ser ella misma y hacer todo lo que está implícito en la configuración de sus potencialidades dentro de la estructura de su universo.

Los generosos rezagados del ciclo anterior (todos son voluntarios) han permanecido en la leyenda de todos los pueblos como antiguos sabios y en el inconsciente colectivo como el arquetipo del padre.

Cuando han establecido el Sistema de Indicios, los antiguos sabios se retiran dejando un colegio iniciático que posee ciertos conocimientos fundamentales y ciertos poderes y que ayuda secretamente a la formación de estructuras sociales adecuadas al grado de evolución alcanzado. Ese colegio es visitado e instruido periódicamente por los enviados, quienes imparten la sabiduría adicional necesaria de acuerdo con el adelanto y ordenan los cambios pertinentes.

A los cosmonautas de otros mundos les está permitido observar los acontecimientos terrestres, pero les está rigurosamente prohibido intervenir en forma alguna. Los que han cometido el error de intervenir han sido castigados tan severamente que las violaciones de esa prohibición son estadísticamente despreciables. Sin embargo, a algunos cosmonautas visitantes el colegio encomienda ciertas misiones; especialmente a los que vienen de las Pléyades.

Los indicios para este ciclo fueron distribuidos en cuatro grandes campos: la arquitectura, el mito, la música y el juego.

Los sabios antiguos hicieron construir monumentos iniciáticos: templos, palacios, estatuas, pirámides, dólmenes, menhires, de tal manera que a cualquier hombre, al contemplarlos o al andar por ellos sin finalidad práctica alguna, se le intensificaran ciertos procesos nerviosos que la neurofisiología de este tiempo no conoce aún y empezaran a despertar lentamente a lo Real, como el durmiente a quien llaman suavemente con el nombre que usara la madre para llamarlo cuando niño. En momentos más intensos de vigilia, que el vulgo llama trance, descubriría y aprendería la lección encerrada en las líneas arquitectónicas, en la distribución de las masas, en el orden de las partes, en la proporción de las medidas.

No escapó a la sagacidad de los antiguos sabios que esos monumentos, aunque calculados para durar milenios, podían ser destruidos por la pugnacidad y la violencia desenfrenada que caracterizan a las humanidades infantiles, dominadas aún por las corrientes subhumanas del planeta, ni que en su insensatez generaciones envanecidas por el creciente progreso técnico los despreciarían. Sabían, es cierto, que algunos arquitectos del futuro serían inspirados para diseñar inconscientemente monumentos iniciáticos que producirían en el observador desinteresado esa eutaraxia contemplativa conocida como emoción estética y a los cuales protegerían, hasta cierto punto, diversas formas en mascaradas de respeto mágico. Pero decidieron no confiar

su mensaje a ese sólo recurso y, considerando que después de los combates, embriagados por la gloria, los vencedores de todos los tiempos y sus descendientes aman las palabras que narran sus hazañas y hechos portentosos y elogian sus virtudes guerreras, inventaron mitos fundamentales sobre héroes y antihéroes, mitos que podían adaptarse a todas las épocas sin cambiar el esquema básico de su estructura, mitos cantados por aedos que se metamorfosearían según los tiempos y lugares en poetas, novelistas, periodistas, autores de guiones cinematográficos, dramaturgos, cuentistas, cuenteros, humoristas, mitos con contradicciones, detalles oscuros, palabras insidiosamente repetidas, a objeto de estimular en los oyentes maduros para ello, a diversos niveles, ciertas glándulas que la endocrinología de este tiempo no conoce bien aún y hacerlos recordar vagamente lo Real, sumiéndolos en el estado de ánimo del que intenta reconocer un amigo de infancia en un rostro ultrajado por los años.

Sin embargo, los mensajes míticos no son sino la sombra de un recurso más admirable y poderoso, oh Helena, ningún ente del universo puede amar más intensamente que yo cuando veo que tus ojos amnésicos no han perdido el asombro primigenio que espantó a los más fieros guardianes del umbral cuando tú me reconociste en Calíope, por la campanada esencial de tu Castalia, y me entregaste la hoguera centrífuga de tu primer contacto metacósmico. ¿Cómo no interrumpirme para pensar en nosotros —en ti y en mí— si te voy a hablar de la música, campo de tu maestría ensombrecida por el acorde ígneo que hube de recibir en la garganta?

Los antiguos sabios enseñaron a los hombres las notas musicales en cinco, siete o doce y les dieron los primeros instrumentos. Les sembraron así la semilla no sólo de toda la música y de todos los instrumentos musicales posibles, sino también de todo conocimiento posible sobre todas las cosas y sobre el todo. El repertorio de que dispone hoy la humanidad contiene, para el que sabe oírlo, todas las ciencias en su estado perfecto y acabado, tanto las nomotéticas como las idiográficas. Oyendo música se puede llegar a un dominio completo de la astronomía, de las matemáticas, de la cibernética, de la analítica, de la biología, de la mineralogía, de la historia, de la psicología, de la sociología, de la química, la oceanografía y la lingüística. No hay rama del saber posible que no esté comprendida en el repertorio musical ya existente. Todas las técnicas además, todos los medios de transformar la naturaleza y la sociedad están dados en él. Interpretando piezas musicales conscientemente se pueden efectuar todos los cambios que tanto anhelan los hombres. Desgraciadamente los músicos son profetas velados que no entienden lo que ellos mismos hacen, y desconocen la clave básica y única para servirse adecuadamente de lo que producen. Pero el amor que sienten por la música, ese extraño arrobamiento que no es sino preludeo, anticipación inminencia de comprensión, los hace cultivar la composición, la interpretación, la apreciación, y en esa forma conservan y transmiten un patrimonio sagrado del cual tomarán posesión los hombres cuando sean dignos.

Un aspecto visible de la música es la danza. Toda danza es una técnica inductora del éxtasis. Los que bailan se identifican con el planteamiento, desarrollo y solución de los más complicados problemas matemáticos inherentes al carácter numérico del universo, o con la esencia gobernante de cualquier campo óptico restringido, o se trasladan a planetas remotos y exploran minuciosamente sus pormenores, o practican los métodos y procedimientos de la astronáutica intergaláctica, pero desgraciadamente, oh Helena, no se dan cuenta de lo que hacen: en su limitada consciencia todo eso no se manifiesta sino como goce indefinido e inefable y como vital encantamiento erótico, cuando no como preámbulo y símbolo de la corte y del acto sexual.

Dije que toda danza es una técnica inductora del éxtasis porque no quería referirme de una vez a las danzas sagradas. Estas producen el éxtasis, una especie de ensimismamiento en que la consciencia se tiende poderosamente hasta lograr estados de lucidez y vigilia que hacen aparecer la vida despierta ordinaria como el más profundo y oscuro de los sueños. Felices los hombres que se ejercitan en danzas sagradas, porque ellos serán los primeros en conquistar la luz metacósmica.

Me falta hablarte de los juegos, oh Helena Okusa, y me complazco en explicártelos porque la sonrisa pícara que te esfuerzas por reprimir traiciona la inclinación lúdica que otrora te indujera a perseguir tu imagen verdadera por el laberinto de espejos oculto en lo más intrincado de la Cabellera de Berenice.

Todos los juegos, incluyendo la coquetería, la intriga diplomática y la guerra, son de origen sagrado y reflejo del Gran Juego. Si un hombre cualquiera, en un momento de desprendimiento y olvido de sus intereses egoístas y temporales, observa o practica cualquiera de ellos, manteniendo por casualidad la unión múdrica uno-cinco en los dedos de la mano izquierda, sentirá el llamado poderoso y comenzará a despertar; tendrá primero visiones geométricas y adivinará detrás de ellas algo parecido a una rosa o un lirio; después percibirá la Fragancia y, al mirar en torno suyo, advertirá que camina entre sonámbulos.

Los juegos infantiles tienen una importancia especial porque en ellos se conserva puro el mensaje fundamental de los antiguos sabios. Los niños los han ido transmitiendo con asombrosa fidelidad durante milenios, y la sabiduría contenida en ellos ha sobrevivido a las catástrofes que han destruido castas sacerdotales completas, templos, bibliotecas... de la misma manera que las flores silvestres ríen aún sobre los prados, mientras yacen bajo tierra los imperios que tuvieron jardines colgantes y sumieron en el terror, la esclavitud y la miseria a pueblos pacíficos y laboriosos...

Juegos como el escondite, el venado, la semana, el avión, saltar la cuerda, Doña Ana, el santo tapado, la vieja Inés, el gato y el ratón, la perinola, el aro, la rayuela, el hoyito, la guerra de los chucos, conservan hasta hoy toda la fuerza iniciática que necesita el hombre para despertar y recordar. Cuando los niños juegan se encarna en ellos el fiat del universo, los niños que juegan son la esencia del universo; si durante un segundo no jugara ningún niño sobre la tierra, se desintegrarían las galaxias. En un patio vecino a mi humilde vivienda los veo ahora jugar la ronda y pienso en los hombres que destruyeron sus ojos y su salud escudriñando en vano durante largos años libros antiguos, códices, buscando la revelación de los misterios mientras a pocos pasos los niños les cantaban, les corrían, les saltaban, les reían, les bailaban, les gritaban todas las claves de todos los arcanos.

En verdad, oh Helena, nada me ha parecido más ingenioso que esa idea de esconder las llaves de la luz y del poder en los juegos infantiles. Sólo los verdaderamente dignos las encuentran. A los soberbios y violentos jamás se les ocurriría buscar allí. Alabados sean los sabios antiguos... Que la estrella Algol sea su morada...

Los juegos de mesa, ya sea que en ellos predomine el azar o la habilidad combinatoria, son hermosos umbrales. Observa a los jugadores, oh Helena, tú que los desdénas porque has conocido el Gran Juego y que no te acercas a una mesa lúdica sino con la encantadora condescendencia de las Princesas del Rocío, observa a los que juegan y tal vez notarás que mientras creen divertirse o descansar o luchar por el triunfo, giran afanosamente en torno a un pequeño remolino que los atrae y a cuyo fondo no pueden llegar. Debajo de ese remolino están la rosa y la Fragancia. No es por accidente, oh Helena, que todas las barajas tienen cuatro palos, que el dominó es siete por cuatro, que el ajedrez es ocho por cuatro, que el ludo tiene cuatro puntas, que las mesas y los tableros son cuadrados. Recuerda los cuatro ríos del Edén, recuerda los cuatro animales de Ezequiel atrapados en la esfinge, recuerda los cuatro evangelistas, recuerda los cuatro puntos cardinales, recuerda los cuatro lirios sagrados de Calíope, recuerda... No es por casualidad, oh Helena, que cada una de las reglas del juego, que cada uno de los pormenores, que cada una de las figuras, que cada uno de los colores, que cada uno de los números son como son y están en la relación en que están. Allí vibra el mensaje de los antiguos sabios, allí arden los indicios sagrados, allí también puede estallar el relámpago.

Para mí tienen un valor muy personal. Cuando quiero saber lo que pasa en Calíope voy a ver las partidas de dominó en el botiquín de la esquina, y observo los juegos de canasta casa de una vecina cuando deseo espiar a mis colegas y camaradas dispersos hoy en el servicio por los mundo innumerables de la nebulosa de Andrómeda.

No hay ni un solo deporte que no tenga carácter de indicio; se seguirán formando atletas, ídolos de las multitudes, fanáticos de equipos, mientras los hombres no hayan aprendido a escuchar la brisa suave que murmura el Nombre desde cada coyuntura del juego; pero, entretanto, el mensaje permanecerá y será conservado celosamente, cualesquiera que sean las características de los regímenes que en cada etapa evolutiva crean tener en sus ideologías y partidos la solución de los problemas sociales.

Todos los jugadores del mundo son portadores inconscientes de un mensaje. Esa es su misión.

Ahora bien, oh Helena, la forma exterior de mi trabajo consiste en averiguar si en la tierra el Sistema de Indicios funciona correctamente.

Yo, Dóulos Oukóon, disfrazado de policía, de mendigo, de estatua, de cabilla, de fusil, de Lord inglés, de corset de cortesana, de violín, de cubilete, de as de espadas; ubicado en un hilo de cuerda de saltar, en una raqueta, en el *do* medio de un piano, en un pilón de patio aldeano, en una tiza robada por un niño travieso, en el doble cuatro, en el vértice de una pirámide antigua, en el tacón derecho de una bailarina, en el lápiz de un comediógrafo, en la angustia secreta de un poeta inédito, en el dedo índice de una comadre; apareciendo como partitura, como araña de luz en sala de fiesta, como lámpara de kerosén, como solapa de libro, como proyector cinematográfico, como cámara de retratar, como pluma en cabeza de piache, como tambor: yo, Dóulos Oukóon, espía cósmico, yo he explorado minuciosamente todas las instalaciones del Sistema de Indicios y puedo informar que ninguno de los mecanismos cibernéticos ha fallado, pero que los encargados de la liturgia la han prostituido al perder contacto con el colegio iniciático y se han convertido en rémora para la evolución y cáncer en el cuerpo sagrado de los pueblos.

Te quiero decir, oh Helena, un secreto que tú sabías antes que yo lo sospechara y que has olvidado a consecuencia de tu esplendorosa caída. Te lo quiero decir porque nada me hace sufrir más que tu amnesia, pues nadie está más cerca que tú de mi corazón. El Sistema de Indicios conduce a la clarivideoaudiencia total cuyo problema técnico es la sintonía y a la clariquinesia arqueométrica cuyo problema técnico es la cronopraxia topológica multidimensional.

Cuando se llega a este punto el Sistema de Indicios se hace superfluo y superfluos todos los inventos de la civilización. Considera algunos ejemplos: las efemérides de Júpiter están escritas matemática y exhaustivamente en el hígado de las ovejas. Las piedras preciosas son máquinas altamente fieles de telecomunicación; el crisólito comunica instantáneamente con cualquier lugar de Perseo, funcionando como receptor-transmisor mediante ligeros toques del dedo selector de onda. Cinco gramos de plata mejicana tratados con mirada elíptica bastan para propulsar cualquier vehículo hasta la luna. Las cuarenta y nueve regiones erógenas del cuerpo de la mujer corresponden directamente a las cuarenta y nueve estaciones de empalme intergaláctico entre Magallanes y Andrómeda. La muerte violenta de un escorpión terrestre en los días dominados por Casiopeia produce tempestades solares y perturbaciones electromagnéticas en el sistema de Proción.

El Sistema de Indicios no es pues sino introducción al liber mundi. Algunos hombres han aprendido a leerlo sin el auxilio telecrónico de los antiguos sabios. Se sabe de hechiceros que contemplando la imagen dibujada de un animal descubrían sus costumbres, su ciclo vital y la mejor época y lugar para cazarlo. Pueblos que no tenían sino astrolabios conocieron los satélites de Júpiter antes de la invención del telescopio. Un hombre declaró que podía ver el universo en un grano de arena y a Dios en una flor silvestre.

KL

EL CUERPO humano efectúa de manera automática las funciones elementales de utilización: Ingiere fragmentos de mundo visible, los somete a un tratamiento desintegrante en el tubo digestivo y, cuando los ha reducido a moléculas, bifurca la dirección de su trabajo: las moléculas aprovechables fluyen hacia la corriente circulatoria, las no aprovechables son defecadas.

En la corriente circulatoria se transforman en átomos; aquí el cuerpo bifurca de nuevo su trabajo: los átomos aprovechables pasan, después de un complicado proceso pulmonar, a la corriente nerviosa, los no aprovechables son expulsados por el aparato urinario y las glándulas sudoríparas.

En la corriente nerviosa alcanzan el estado iónico; aquí el cuerpo ~f~Lrca por vez tercera su trabajo: los iones aprovechables pasan a la corriente eidética, los no aprovechables son eliminados por medio del sexo.

En la corriente eidética, que fluye incesantemente entre la pituitaria y la pineal, el cuerpo bifurca por vez cuarta su trabajo: las ideas aprovechables caen bajo el imperio de la reflexión, las no aprovechables se expulsan por medio del lenguaje.

Y aquí, oh Helena, esplendorosa Helena, aquí surge el primer gran problema: las tres primeras etapas de este proceso de utilización de materia se efectúan automáticamente; valiéndose de recursos cibernéticos, Podría construirse un robot que las realizara; pero a partir de la cuarta se requiere la intervención consciente y lúcida del habitante o piloto. Cuando éste no interviene, se producen las más tremebundas constipaciones eidéticas, pues la reflexión no puede ser automática; si pudiese ser automática y maquinada o incluso puramente vital, Aquel cuyo signo es el relámpago no hubiera tenido que diversificar los universos con las leyes del siete y del tres. ¿No recuerdas, oh Helena, que este problema se llama SI-DO y MI-FA?

La no intervención consciente y lúcida del piloto en la cuarta bifurcación es la causa única de todas las enfermedades y demás perturbaciones orgánicas y psíquicas del individuo humano, pues allí se produce algo venenoso que no puede ser regurgitado, ni defecado, ni orinado, ni transpirado, ni fornicado, ni hablado. En estrecha angustia, con temor y temblor, el piloto se expone a la pérdida de su vehículo mientras no transforme, oh atroz vigilia, el fuego de la caldera sagrada en luz coronaria por la eclosión de ígneos girasoles.

La clave de este umbral, oh Helena, está dada en una palabra del lenguaje de los hombres que éstos no han comprendido todavía y que fue lanzada al flujo verbal por los antiguos sabios, una palabra que pronunciada correctamente abre la dimensión próxima superior; esa palabra te la he dicho ya.

Lo Real tiene carácter vibratorio y está poblado de entelequias, arjées evolucionantes. En su totalidad tiene forma de bailarina que ejecuta danzas sagradas. Sus articulaciones están constituidas por arcángeles rebeldes, sus senos son nebulosas, sus miembros son galaxias. Se destruye y se recrea en cada movimiento. Tiene los ojos cerrados porque explora sus mundos interiores y envía oleadas de luz hasta el más pequeño de sus universos enseñándolos a bailar. Tu cuerpo es análogo a su cuerpo, oh Helena, una chispa de su mirada te habita, te sostiene y te vivifica.

Los hombres y los sistemas solares que han traspasado el cuarto umbral están abiertos a la mirada y pueden repetir los mudras, los pasos, las contorsiones, las posiciones de las muñecas, de los brazos, de los tobillos, de las rodillas, de las caderas, de la cintura, del cuello, e identificarse con la visión entitativa de la Gran Bailarina. La danza es matemática, su materia es la música, su intención el despertar definitivo.

Después del cuarto umbral, la chispa de cada hombre puede unirse al fuego central de la mirada sin perder individualidad.

Cuando bailaste por primera vez en Calíope, según el rito de Aldebarán, sabías que tus brazos movían los brazos de la Vía Láctea y que al doblarte curvabas el espacio; cuando abrías las rodillas eras consciente de

provocar la dispersión explosiva de las constelaciones y cuando ponías las manos cruzadas sobre los muslos contraías adrede el tiempo primigenio con su innumerable cabellera de tiempos cromáticos locales; cuando inclinabas la cabeza hacia atrás y la movías de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, lo hacías para alterar rítmicamente las leyes astronómicas; cuando girabas los hombros formabas y destruías alternativamente, en los senos desnudos y en el vientre, campos magnéticos pluricósmicos; cimbreabas la cintura en sublime eutaraxia para configurar con las caderas, oh alfarera de la nada, ardientes ánforas de ser en la tiniebla circundante; si alzabas los brazos estallaban cuatrillones de novas y cuatrillones de soles jóvenes las reemplazaban; si dabas vueltas sobre un solo pie, era para provocar incandescencias ontopoyéticas en la espiral sagrada que asciende y desciende por la columna vertebral de Aquel cuyo signo es el relámpago.

Fue entonces cuando me reconociste en la Campanada esencial de tu Castalia y me entregaste, sin permiso de los hierofantes, tu girasol de fuego, y caíste, oh primera embriaguez sideral, a un planeta no sagrado donde se hacen tratamientos para la amnesia.

Comenzaré desde el principio y te enseñaré, a ti que estás tan cerca de mi corazón, las primeras lecciones sobre el uso de los miembros del cuerpo como antenas de recepción y transmisión para disipar la Gran Ilusión y retornar a lo Real.

NOTA DEL EDITOR. Siguen varias cartas que no osamos publicar porque atentan contra ciertos tabúes y son demasiado minuciosas. No queremos ni escandalizar ni fastidiar a nadie.

OE

ADQUIRI el vehículo denso que ahora utilizo para escribirte, por fusión con su habitante, quien presentaba síntomas muy interesantes para mí, pues me abrían la entrada por afinidad parcial.

Estaba previsto, además, que yo me fusionara con él durante cierto tiempo. Observé una línea extraña en su mano izquierda que se une a la línea de la vida para separarse luego. Esa línea me representa.

La afinidad parcial de que te hablo es patente en el estado de sus pensamientos cuando lo penetré:

“No puedo identificarme verdaderamente con ninguna de las actividades que realizo, ni creo en ninguna de las ideologías que circulan en mi tiempo, ni en los demás tiempos de que tengo noticia; tampoco las empresas me seducen en que los hombres ponen su pasión y su empeño, ni comerciales, ni políticas, ni intelectuales, ni bélicas. Y, sin embargo, no estoy triste, la muerte no me atrae, me siento bien de algún modo dentro de esta gran incomodidad, como si mi distanciamiento de todas las cosas y de mí mismo tuviera algún sentido, como si estuviera cumpliendo una misión. Esto no sólo es difícil de explicar; a mí mismo me cuesta comprenderlo, es decir, racionalizarlo. Pero alguien dentro de mí sabe claramente, con diáfana sabiduría no enturbiada por imágenes y palabras; yo, en cambio, tengo que recurrir a la analogía: El hombre utiliza las manos para manejar herramientas o para acariciar, los pies para andar, el aparato digestivo para digerir, el lenguaje para engañar; pero de vez en cuando se observa a sí mismo, se siente sentir, se ve como si fuera otro y, como resultado de esa esporádica actividad, va construyendo el extraño espejo secreto, en apariencia inútil, de su vida.

”Podiera ser que las ciudades y los pueblos, la humanidad toda quizás, tuvieran necesidad de ese espionaje para informar a centros superiores de inteligencia sobre el estado de cosas y los acontecimientos de aquí y ahora, sin que se sepa exactamente a qué propósito sirven esas informaciones o si sirven a propósito alguno.

”Yo debo informar a la consciencia superior de la especie, o de la tierra, lo que ocurre aquí y ahora. Soy un espía cósmico. Que no se me confunda con vulgares informadores a quienes mueve un interés momentáneo o una pasión cualquiera. A través de mí el conductor de la raza observa y examina sus dominios bajo la luz de la eternidad. Esta función instrumental constituye mi nobleza, mi gran servicio; pero no se crea que me siento envanecido, sé que soy un humildísimo servidor, uno entre miles de mayor rango en una especie de —¿cómo

decirlo con palabras infectadas e infecciosas desde siglos?— de jerarquía del espionaje cósmico. A veces siento que todos los que han escrito o pensado sin el deseo de propagar una idea, o de alcanzar el poder, o de cambiar el mundo, o de gritar su dolor en testimonio agónico, que todos los que han vivido y viven en esa distancia del exilio insuperable, con un hogar inconcreto, lejano siempre, son mis compañeros de trabajo.

”Los problemas prácticos que surgen de esa situación deben considerarse como gajes del oficio, no son dignos de especial atención”.

No fue difícil, pues, entrar; difícil hubiera sido resistir a esa atracción. Sólo un problema me queda: Cuando Sirio asciende al cenit del lugar donde me encuentre, no puedo evitar, oh Helena, que se me marquen sobre el rostro las insignias de mi rango y me rodean, casi visibles, los avatares del limón y del romero.

OHN

MI TRABAJO oficial sobre la tierra ha terminado. Voy a renunciar indefinidamente a mi alta investidura para buscarte por medios humanos en el laberinto del tiempo terrestre. Voy a abandonar este vehículo prestado para nacer como uno cualquiera de los hombres. Caeré voluntariamente, sin poder precisar dónde. Me llamaré Juan o Antonio o Rafael. No recordaré a Dóulos Oukóon ni a Helena Ukusa, pero me quedaré pensativo ante los fragmentos tuyos dispersos por el mundo y los guardaré como reliquias, tratando a ciegas de reconstruir tu imagen.

Tú abandonarás tu vehículo y tomarás otro y otro y a través de todos me buscarás sin saberlo. Reflejos míos dispersos por el mundo te cautivarán en una mirada, en una palabra, en una forma de hacer girar las manos y tú también tratarás de reconstruir a ciegas una imagen perdida.

Los largos años que pasaremos apartados el uno del otro, separados por montañas, océanos, idiomas, hilos de alambre. Las tardes solitarias en playas remotas, soñando el uno del otro, sin poder recordar.

Si alguna vez lees mis cartas, sentirás en las sienas algo así como el roce leve de una leyenda y en el corazón algo así como el aleteo de una mariposa herida.

Pero cuando nos encontremos no habrá dudas. Nos anunciará la centella, nos iluminará el relámpago y una hoguera centrífuga nos rodeará. Recordaremos todo lo que nos fuera familiar en la intimidad de las moradas. Yo estaré paralizado por el encuentro, por la visión de tus ojos inundados de tiempo, mas tú dirás la palabra de plenitud y partiremos.

Ya en la proa del caracol nos tomaremos de la mano para mirar juntos el creciente disco de Aldebarán, con la certidumbre de que también la hierba azul de Calíope nos recuerda.